

Villanueva, que aún en presencia de la muerte no perdió su serenidad, valiente y animoso, increpó al grupo de foragidos que le iba á privar de la existencia, con algunas palabras duras, de justo pero amargo reproche, y se negó rotundamente á tomar la actitud que se le imponía: esto dió motivo á que, excitadas las pasiones salvajes de aquella turba desenfrenada, descargara tal número de heridas de espada y armas de fuego sobre los dos indefensos ciudadanos, que cuando sus respectivos deudos ocurrieron á recoger aquellos cadáveres, santificados por el martirio, hubieran tenido bastante trabajo para reconocerlos é identificarlos convenientemente.

Saciados sus instintos de barbarie, colgaron de los pies á los dos asesinados, suspendiéndolos en las ramas del árbol susodicho, y se retiraron á sus guaridas á celebrar su triunfo.

Ya cerca del amanecer, las familias de las víctimas acabadas de inmolar, las echaron de menos: supieron con horror que habían sido conducidas en calidad de prisioneros; y ciegas, frenéticas y desatinadas, dirigieron sus pasos hacia el lugar de la sangrienta catástrofe: allí encontraron los cadáveres, que no eran otra cosa que una masa informe de carne y huesos, horriblemente maltratada: descolgaron aquellas venerandas reliquias, las colocaron de la manera que pudieron y derramando lágrimas y dando fuertes y desgarradores gritos, que de seguro conmovieron hasta á las fieras de aquellos contornos, ese grupo, que semejava una procesión de fantasmas, y al que las nacientes medias tintas de la Aurora que empezaba á aparecer daban un aspecto lúgubre é imponente, emprendió su retorno hacia la ciudad infortunada que presentaba como heridas abiertas acabadas de recibir, frescas y palpitantes, las huellas funestas del vandalismo, ó sea de la desolación, del exterminio y de la muerte.¹

El Comandante González tenía prestados importantes servicios á la

mas ó tronco principal eran colgados los cadáveres de los desgraciados del rumbo, que caían en las garras de los traidores de Chignahuapan, y que eran despiadadamente asesinados.

La tradición conserva la memoria de sucesos horripilantes, verificados en dicho lugar, y cuya relación espanta.

¹ Como una muestra de lo que eran esos hombres, nos referiremos á uno de tantos, á quien conocimos:

En un pueblo llamado Atecochco, perteneciente á la Municipalidad de Aquixtla, del Dis-

libertad y á las instituciones republicanas: asistió á la toma de Puebla, en virtud del sitio que le puso el ejército liberal, al mando de Comonfort, el año de 1856: durante la guerra de Reforma estuvo presente en varias acciones, y se halló en Veracruz, en el Castillo de Ulúa, en su grado de Teniente de la primera compañía del batallón Guardia Nacional de Zacatlán, durante el primer asedio puesto á dicha plaza por el General Miramón: concurrió al sitio de la ciudad de Zaragoza, que le impuso Forey el año de 1863; y permaneció siempre fiel al partido de los libres, al que sirvió con desinterés y abnegación.

Villanueva era un joven ardiente é impetuoso: de gallarda presencia, de trato ameno y caballeroso, de conducta irreprochable, se hacía querer y era querido de cuantas personas lo trataban.

Dotado de talento é instrucción, pasaba sus ocios ofreciendo culto fervoroso á las nueve hermanas, de lo cual es una prueba los versos que escribió, llenos de sentimiento, de inspiración y ternura, y que no son otra cosa que arranques impetuosos de una alma apasionada, cánticos bellísimos en pro del amor, del patriotismo y de la libertad, y que bien pueden considerarse como un ramillete de cinerarias, ofrecidas en el altar de la patria, por la mano de un mártir.

Semejante á Juan Díaz Covarrubias, á González Bocanegra, á Florencio M. del Castillo y á Manuel Acuña, la muerte vino á segar en

trito de Alatríste, vivía un individuo de nombre Mariano Domínguez, hermano del famoso Fonche, á quien hemos dado á conocer en el curso de estos apuntamientos.

El tal Mariano, había militado en las filas reaccionarias durante la guerra de Reforma, y en las de los traidores, en la época de la Intervención y Gobierno del llamado Imperio: en ambas se había hecho notable por sus depredaciones y hechos vandálicos, que le habían proporcionado una justa pero triste celebridad, pues las poblaciones liberales de los alrededores mucho habían tenido que sufrir de este hombre desnaturalizado, que llegó á hacerse demasiado temible, á la cabeza de los voluntarios del pueblo donde residía, y en íntimo contacto con los de Chignahuapan, de donde era originario.

Ya al terminar la farsa del Imperio, fué acusado de multitud de crímenes que había cometido; y la autoridad que presidía el honrado General Juan N. Méndez, como Gobernador y Comandante Militar de Puebla, en vista de esa denuncia lo mandó aprehender.

Traído á la Capital de ese Estado, instruyósele el proceso correspondiente, y al ser conocida su causa, los jurados y la concurrencia que asistía al acto de la vista, quedaron horrorizados al enterarse de pormenores y de hechos que presentaban á Domínguez como un monstruo de infamia, de crueldad y de barbarie.

La muerte fué decretada unánimemente, y el autor y reo de tantas iniquidades acabó su vida en un patíbulo, preparado para él en la Plazuela de San José, uno de los meses del año 1867.

flor esa existencia que tanto bueno prometía para lo porvenir; y su tumba, abierta por la mano desatentada de la traición, ha sido reverenciada como un santuario adonde la juventud zacatleca, sedienta de gloria é imbuída en las ideas modernas, acude en demanda de grandes, excelsas y sublimes inspiraciones.....

“La Sociedad” periódico intervencionista, dijo acerca de este ataque, que los traidores tomaron 300 fusiles, una pieza de á doce, 39 cargas de parque y 60 caballos ensillados con sus respectivos mosquetones.

Hacia el 28 de este mes, sufrió otra acometida la ciudad mencionada.

Con el objeto de hacer entrega del gobierno al C. Fernando M. Ortega, acudió á ella el General Don Rafael Cravioto, quien, como se recordará, ejercía dicho mando desde Septiembre del año anterior, por nombramiento hecho en él por parte del General Don Miguel Negrete.

Reunidos en dicha población, el enemigo se presentó á atacar la mañana del referido día: una columna de más de mil hombres, compuesta de austriacos y traidores, entre los que figuraban en lugar preferente los incansables chignahuapenses, empezó sus operaciones desde bien temprano: el jefe de los republicanos, que contaba entre sus tropas una sección de las de Xochiapulco, al mando de su valiente caudillo, el Gral. Juan Francisco Lucas, creyó oportuno el retirarse, como lo verificó, pero lo hizo en términos tales, que casi salieron de la plaza revueltas las fuerzas de ambos contendientes, estableciéndose desde luego la lucha en una extensión de cuatro kilómetros, hacia el barrio de Tlatempa, que ofrecía una posición ventajosa, y donde se pensaba resistir al invasor.

Cerca de ésta, corre en un pequeño barranco un riachuelo conocido con el nombre de “Río de Zezepaco:” en la margen opuesta al camino que traía el enemigo se situaron los *plateados*, que mandaba Antonio Pérez, en número de 50 hombres, que servían de escolta al jefe Cravioto: ahí hicieron alto, decididos á repeler á los contrarios, ó sea al escuadrón de Chignahuapan, que á gran trote y como de vanguardia perseguía muy de cerca á los republicanos; mas al llegar á la orilla de la hondonada, suspendió su ataque, guardó sus armas, y algunos de sus hombres *más notables*, pidieron á gritos la celebración de un acto amistoso con sus arrogantes y decididos adversarios.

Los *plateados* aceptaron, y en tal virtud, en el fondo del referido barranco hubo abrazos, saludos y otras demostraciones de cordialidad y simpatía; y pasados esos momentos de *transporte* y *entusiasmo*, cada quien ganó para su punto de partida, y el combate siguió más encarnizado.

La columna invasora detuvo su movimiento de avance; cambió algunos tiros de fusil y de cañón con los republicanos, y de ahí á poco regresó á la ciudad, donde permaneció algunas horas que empleó en robar y cometer las depredaciones de costumbre, y prosiguió su marcha para Chignahuapan, no sin haber fusilado á dos vecinos, uno de ellos Don Juan Hernández, que fueron capturados en la barranca inmediata, cuando poseídos de espanto corrían á ocultarse en ella.¹

Reocupado Zacatlán, el Gobernador Ortega salió de allí á los dos días: el Coronel Don Dimas López que mandaba las fuerzas de dicha demarcación, con el carácter de Jefe Político y Comandante Militar del Distrito, fué separado del mando y sustituido por el Gral. Juan Ramírez, quien estableció provisionalmente la administración pública en el vecino pueblo de Ahuacatlán.

Ya al terminar el año participó el Jefe francés, teniente Bastidon, con fecha 29 de Diciembre, que al frente de 45 hombres, de la legión extranjera y de 65 auxiliares, derrotó á los republicanos en Tlamanca y Contla, haciéndoles diez muertos, algunos heridos y un regular número de prisioneros.

¹ Durante la invasión aludida ocurrió un hecho notable, digno de ser referido:

Al ser evacuada la plaza, el ayudante ú oficial encargado de hacer retirar la fuerza, sea por distracción ó miedo, pues la desocupación se verificó precipitadamente, á la vista del enemigo, dejó olvidado á un centinela que hacía su guardia en una de las trincheras principales: ocupada la población en los términos que dejamos consignado, fué abandonada por la tarde; y al ser reocupada por los republicanos, se halló á ese valiente centinela, esclavo de su deber, en su puesto, que no abandonó, y en el que no obstante la presencia del invasor, se mantuvo impávido durante el día.

